

el Rey se casará. No lo he tratado con él, pero está bien el casamiento á Castilla, y así doy la palabra al Maestre de Avis de que está hecho.

CABALLERO.

Al Maestre diré que vuexcelencia le hace esta merced.

DOÑA JUANA. *(Aparte.)*

Si no me engaño, de casamiento tratan. No me han visto: quiero acercarme.

DON ÁLVARO.

¿Es Isabel hermosa?

CABALLERO.

Este retrato lo asegura.

DON ÁLVARO.

Quedo agradado, señor, por todo extremo. Al Maestre diréis lo que os he dicho. La palabra le doy, y á vos la mano.

CABALLERO.

Esa respuesta, Condestable, llevo. *(Vase el Caballero portugués.)*

DON ÁLVARO.

Al Maestre de Avis amistad debo.

ESCENA VII

DON ÁLVARO y DOÑA JUANA.

JUANA. Cuando, por haber llegado, veros, Condestable, quiero, no sé que he de dar primero, si el parabién de casado ó el de la vuelta dichosa.

(Ap.) No tiene mucho pesar quien puede disimular: turbada estoy y celosa.

D. ALV. Este retrato, señora, podrá responder por mí: para el Rey le recibí; su casamiento es ahora el que se trata, no el mío. Isabel de Portugal es la consorte real, cuyo rostro, cuyo brío ha trasladado el pincel con tan valiente destreza que dejó á naturaleza con envidia y celos dél.

JUANA. *(Ap.)* ¿Si me dice la verdad? Si, que mal será traidor hombre de tanto valor. Ahora en el alma mía los celos se han de mostrar: callarlos supo el pesar, y no sabrá el alegría. Y con esto, adiós.

D. ALV. Ahora saber de vos me conviene.

JUANA. No puede ser, que el Rey viene. Idos de aquí.

D. ALV. Adiós, señora. *(Vase.)*

ESCENA VIII

DOÑA JUANA.

Tanto es este amor, que muero con el susto y el espanto. Corrida estoy de amar tanto; no he de amar, olvidar quiero. Mas ¿cuándo se ha pretendido olvidar? ¡Qué loco error! Sin querer vino el amor, sin querer venga el olvido.

ESCENA IX

El REY y DOÑA JUANA.

REY. Juana.

JUANA. Señor, he tenido á dicha el veros aquí para deciros que en mí la resolución ha sido el partirme á Benavente.

REY. ¿Cómo, Juana? Cuando trato, (bien lo muestra este retrato) de casarme brevemente, ¿irte de palacio? No; ya se sabe lo que estimo sangre del Conde mi primo. Presto tendré dueño yo, y presto tú le tendrás, nuevo sol y luz de España.

JUANA. *(Ap.)* Don Alvaro no me engaña.

REY. Aquí, Juana, lo sabrás. Mira este cielo francés, á cuyo dorado sol se pone el sol español por tapete de sus pies. Recisunda es la francesa que verifica el pincel.

JUANA. *(Ap.)* ¡Ay, de mí! No es Isabel.

REY. Esa es la Lis, flor es esa que hoy elige mi albedrío, porque lirios soberanos á leones castellanos con el aliento den brío.

JUANA. ¿Francesa reina nos das?

REY. Sí, Juana; no es maravilla, que á Francia ha dado Castilla reinas santas.

JUANA. *(Ap.)* Ya no más, fiero amor, más afición, que mi rabia y mis enojos arrojan hoy por los ojos pedazos del corazón. El engaño siento más que la traición que me ha hecho: no cabe el alma en el pecho.

REY. ¿Qué tienes? ¿á dónde vas?

JUANA. Ése retrato, señor, ha acordado al alma mía la reina doña María, y enternéceme su amor. Bien me quiso, y llanto doy del alma sin resistir.

(Ap.) Si hay mayor mal que morir, á buscar ese mal voy. *(Vase.)*

ESCENA X

El REY.

Aunque más en celos arda por accidente temor, pienso rendirme al amor por vos, francesa gallarda. A nadie he dicho mi intento, mas ya que estoy inclinado, reina sois de mi cuidado, dueño de mi pensamiento.

(Séntase el Rey con el retrato en la mano, y sale don Alvaro.)

ESCENA XI

El REY y DON ÁLVARO.

D. ALV. Sólo está el Rey, y un retrato contempla con atención: ¿si tuviese otra intención cuando de casarle trato? Mal hice en no darle cuenta primero de mi deseo.

Empeñada en esto veo mi palabra; mas ¿qué intenta, qué presume, qué imagina, sin que yo lo sepa? Nada; según eso, ni le agrada el retrato, ni se inclina. Sin duda que está durmiendo, pues entré y no me sintió.

(Acércase al Rey.)

El retrato que envié el rey de Francia estoy viendo. Este retrato le quito,

y le pongo el de Isabel, despierte ó no, porque en él mi palabra solicito. *(Truéquele el retrato.)*

REY. *(Despierte el Rey.)*

Rapto del sueño veloz venció mis ojos. Pintura, si á vos, en tanta hermosura, os falta sola la voz, en el sueño parecidos habemos los dos estado; que el hombre es mundo pintado cuando duermen sus sentidos. Mas ¿qué esto? ¿quién se atreve á volver sombras oscuras perfiles de estrellas puras, sombras de luz y de nieve? ¿Qué occidente ó mar helado, que nube sin arrebol hurtó de mi mano el sol, y la sombra me ha dejado? ¿Qué nube, qué humor, qué mal transformó con arrogancia los bellos lirios de Francia en quinas de Portugal?

D. ALV. *(Ap.)* No le ha parecido bien. Ahora, ahora, fortuna, he menester que en mi luna tus rayos prósperos den.— Yo fui el mar, yo el occidente, yo fui la envidia y la nube que ese atrevimiento tuve.

Este sol resplandeciente de Isabel de Portugal, del Maestre de Avis hija, quise, gran señor, que elija vuestra majestad Real. Un abismo es de belleza, que al tiempo que la formó á sí misma se excedió la madre naturaleza.

Compararse á nadie debe, que para su ejemplo, son las estrellas un carbón, sombra el sol, noche la nieve. Rey. Alvaro, yo me contento con mi elección y me caso con la nieve en que me abraso, con el sol con que me aliento. Belleza tan sin igual pame á la naturaleza, básteme á mí una belleza que merezca hombre mortal. Dadme el retrato.

D. ALV. Señor, conveniencias del estado son las que siempre han casado á los reyes, no el amor, no el gusto, no los antojos; que hacer debe el casamiento de un gran rey su entendimiento, no la elección de los ojos. Con guerras está Castilla: Portugal la dará gente.

REY. También Francia, y tan valiente. Recisunda es maravilla de Europa, y mía ha de ser.

D. ALV. Pues, señor, ¿y si yo he dado, en vuestro amor confiado, mi palabra, qué he de hacer?

REY. ¿Cómo, don Alvaro, vos me casáis á mí sin mí?

D. ALV. Amor suele hacer así una voluntad de dos. Confíe, engañéme, erré; pero ya me vuelvo á Aillón á tomar satisfacción de mí mismo. Allí estaré, huyendo vuestra presencia; pues que sin palabra estoy, afrentado y triste voy; mi error me ha dado licencia.

REY. Volved acá. ¿Qué es aquesto? Don Alvaro ¿dónde vais?

D. ALV. Donde un hombre no veáis, que su fe y palabra ha puesto donde no puede cumplilla.

REY. Alvaro, en nuestra amistad no cabe dificultad. Reina será de Castilla Isabel; no os enojéis.

¿Otra vez os desterráis? Poco, don Alvaro, amáis, poco á mí me agradecéis.

D. ALV. Dadme vuestros pies, señor; vida y honor me estáis dando.

REY. Don Alvaro, estoy pensando, que pues cobré tanto amor á esta francesa, podría

buscarse alguna disculpa,
para que no fuese culpa
vuestra palabra.

D. ALV. ¿La mía?
No, señor, mejor será
que yo viva desterrado
como un hombre que ha quebrado
su palabra. Goce ya
vuestra majestad, señor,
ese dueño que desea,
y el mundo á mi no me vea.

REY. Alvaro, ¿tanto rigor?
Volved acá, por mi vida,
que es ya mi dueño Isabel;
su retrato adoro en él;
tendré el alma divertida.
Y mirad si satisfago
el amor que está en mi pecho,
que los freiles os han hecho
Maestre de Santiago.
Vos sólo seréis caudillo
de mi ejército, y así
partid, Maestre, de aquí;
ganadme luego á Trujillo,
que el Infante de Aragón,
desde allí fortificado,
grandes huestes ha juntado.

D. ALV. Vencerá vuestra razón.
REY. Más amor que tenéis nuestro.
D. ALV. Señor ¿habláis en el caso
de Isabel?

REY. Sí, que me caso.
sin mi gusto y por el vuestro. (Vase.)

D. ALV. Hoy ve el curso de mi vida
con esto fija á mis pies
á la fortuna, si es
Isabel agradecida.

ESCENA XII

DON ÁLVARO y DOÑA JUANA.

DOÑA JUANA.

Mal caballero, fementido amante,
desleal y traidor á la fe mía,
más cándida, más pura y más brillante
que el rosicler y púrpura del día:
¿en qué varón magnánimo y constante
su veneno vertió la alevosía?
En ti solo, traidor: ¡viven los cielos!
que estos agravios son, que no son celos.
Que el Rey se casa en Portugal dijiste,
cuando el lirio francés miro en su mano;
que un retrato le vi, y otro me diste:
¿esta es acción de noble ó de villano?
Mentiste, Condestable, tú mentiste:
no lo merece amor, Dios soberano,
que del pecho, á pesar de mis enojos,
se asoma á los veriles de mis ojos.
¡Plega al cielo, traidor, que derribado,
á fuerza de la envidia diligente,
del supremo lugar, del alto estado,
admiración te llamen de la gente.
Y si envidia causó tu bien pasado,
mayor lástima de tu mal presente,
desvanézcase ya sin luz alguna
la pompa y majestad de tu fortuna;

porque yo en Benavente retirada
sangre de Pimenteles generosa
de amor, con escarmientos enseñada,
gozaré libertad y paz dichosa.
Y pues que la fortuna recatada
infeliz me formó, no siendo hermosa,
allí con mis pesares divertida,
contaré las tragedias de tu vida.
No siento tus engaños, sólo siento
que mi imprudente amor se haya atrevido
á salir á la lengua y el tormento
que el silencio le daba, haya rompido.
¡Oh, mal nacido amor! Este escarmiento
tu vil facilidad ha merecido:
¡murieras en el alma, y no en los labios,
sintiendo injurias y llorando agravios!

DON ÁLVARO.

Atiende, mi señora, al desengaño
de quien la sombra de tu luz adora.
En Francia quiso el Rey (que no te engaño)
casarse sin mi gusto; pero ahora
no quiere casamiento tan extraño.
A Isabel quiere ya. Mira, señora,
el retrato francés que te dió enojos.

DOÑA JUANA.

¡Ay, Dios! ¿si esto es verdad?

DON ÁLVARO.

Sí, por tus ojos.

DOÑA JUANA.

¡Qué fácil condición tiene quien ama!
Al mar la compararon los poetas,
con celos. Una vez airado brama;
moviendo y produciendo olas inquietas
en globos de cristales se derrama,
que parecen diáfanos cometas,
y luego en dulce paz y sin rigores,
campo de estrellas es, campo de flores.
Pasó la tempestad de mis enojos;
serenó el desengaño mi semblante.
Borre en mi lengua, pues borró en mis ojos,
tantas quejas amor de aquí adelante.
Tributario de bárbaros despojos
te mire la fortuna tan triunfante,
que aun el tiempo sentirse apenas pueda
en los vuelcos fatales de su rueda.
Ni recele, ni sienta tu privanza
golpe infeliz de misera caída,
ni se mire tu luna con mudanza
de los rayos del sol instituida;
ni adquiera en tus sucesos su venganza
la envidia de los hombres, ni en tu vida
nos dejen experiencias las historias
de lo que pueden las humanas glorias.
Pasmó del mundo tu fortuna sea.

DON ÁLVARO.

No es eso lo que yo me deseaba.

DOÑA JUANA.

Pues tengas lo que esta alma te desea.

DON ÁLVARO.

Ser pudiera con eso desdichada.

Doña JUANA.
Siempre Castilla tus hazañas vea.

DON ÁLVARO.

No es ese, no, favor de enamorada.
Si casado no dices, y contigo,
tenme por infeliz.

DOÑA JUANA.

Pues eso digo.

(Vanse cada uno por su parte.)

ESCENA XIII

El INFANTE y SOLDADOS.

INFANTE. Sienta Castilla, bizarra
solamente en su opinión,
las banderas de Aragón
y las cajas de Navarra.
Plaza de armas ha de ser
Trujillo, de nuestra gente:
desde aquí osado y valiente
á Castilla he de ofender.
Apríase marcha mi hermano;
y estando juntos los dos
he de domar, vivé Dios,
el orgullo castellano.
La ocasión he de vengar
que de mi muerte han tenido.

SOLD. 1.º Al Condestable has debido
la vida.

INFANTE. Pues libertar
tengo al Rey de su poder;
no ha de gobernarlo todo.

SOLD. 1.º Advierte que de ese modo
ingrato vienes á ser.
El te casó con la Infanta,
la vida después te dió.

INFANTE. Y su poder me cansó:
esto es mundo, ¿qué te espanta?

ESCENA XIV

DICHOS y un ALCAIDE, arriba en una torre.

ALCAIDE. Sepa, señor, vuestra Alteza
que está á peligro la villa;
que la gente de Castilla
viene ya. Esta fortaleza
no teme, porque ha de estar
por el nombre y la opinión
de Navarra y Aragón;
no la puede conquistar
el castellano traífo,
que al fin es inexpugnable.

INFANTE. ¿Si ha venido el Condestable
con el ejército?

ALCAIDE. Creo,
según dicen las espías,
que el conde de Benavente
gobierna ahora la gente.

INFANTE. ¿En efecto, desconfías?—
Mis fuerzas son desiguales.
Alcaide ¿qué me aconsejas?

ALCAIDE. Señor, si la villa dejas,
quemados los arrabales
y á Alburquerque pasas, pienso
que es medio más acertado.

INFANTE. Como aragonés honrado
mostrarás valor inmenso
defendiendo este castillo;
porque yo, por tu consejo,
á Alburquerque paso, y deajo
desmantelado á Trujillo.

ALCAIDE. Moriré, señor, por vos.

INFANTE. ¿Sois leal?

ALCAIDE. Tuyo seré.

INFANTE. Freno con esto pondré
á Castilla. Adiós.

ALCAIDE. Adiós.

INFANTE. Marche el ejército luego;
y al marchar muestre ser rayo,
que desta suerte me ensayo
en vencer á sangre y fuego.

(Vase el Infante.)

ESCENA XV

El ALCAIDE y algunos SOLDADOS.

ALCAIDE. La gente que el Rey previno
en ir á Granada, es esa
que marchando veis apríase:
contra los Infantes vino,
como sabe su intención.

SOLD. 1.º Cosa injusta es el mirar
en Castilla tremolar
las banderas de Aragón.

ALCAIDE. Grandes los han incitado.

SOLD. 1.º Quizá envidiosos serán.

ALCAIDE. Sin duda es el capitán
el que á la posta ha llegado
al ejército. ¿No ves
que le abaten las banderas
y en concertadas hileras
le reciben?

SOLD. 1.º Pienso que es
don Alvaro el general.

ALCAIDE. Al ánimo y la fortuna
de don Alvaro de Luna
seré famoso y leal.

(Vanse.)

ESCENA XVI

Tocan cajas á marchar y salen DON ÁLVARO, el
CONDE DE BENAVENTE, LINTERNA y SOLDADOS.

D. ALV. Decir podré, castellanos
invencibles y valientes,
que por el viento he venido;
porque no dudo que fuesen
hijos del viento, nacidos
en las orillas del Betis,
los caballos que he traído.
El conde de Benavente
bien mis ausencias suplió;
mandóme el Rey que viniese
y á Trujillo le ganase.

CONDE. Llana está la villa; el fuerte,
inexpugnable castillo,
difíciloso parece
de ganar. Ahora marcha
de don Enrique la gente:
¿seguiremosla?

D. ALV. No, Conde.
El Rey á Trujillo quiere;
demosle á Trujillo.

LINTERN. Demos.
D. ALV. ¿Demos dices? Acomete.
Ea, escálese el castillo.
LINTERN. Atrévase quien se atreve.
D. ALV. (Llamando.) ¡Ah, del castillo!

ESCENA XVII

DICHOS y el ALCAIDE, en la torre.

ALCAIDE. ¿Quién llama?
D. ALV. Llama, Alcaide, quien pretende vuestro honor y vuestro aumento. El rey de Castilla quiere que le entreguéis su castillo.
ALCAIDE. No se gana de esa suerte honor, como vos decís. Haga el Rey que á mí me suelten los infantes de Aragón el homenaje.
D. ALV. ¿Quién puede en tierras del rey don Juan tener castillos?
ALCAIDE. Quien suele darle guerra y ser su igual.
D. ALV. (Ap.) No te respondo que mientes, villano, por no impedir la facción que se promete.— Retírese vuestre celerencia; retiráos todos, y queden algunos en esa ermita.

(Retiranse.)

Sólo quiero hablarte. Deme su salvaguardia el castillo.
ALCAIDE. Suba, pues, que ya la tiene. Agria es la cuesta, y quien sólo á esta fortaleza viene, no nos engañará.

D. ALV. Yo, señor Alcaide, fui siempre vuestro apasionado, y pues el Rey manda que le entregue su castillo, á cargo mio han de quedar las mercedes. Salid acá y hablaremos sobre este repecho verde con que este cerco, esta basa del castillo se guarnece.

ALCAIDE. Señor Condestable, hablemos.
D. ALV. Si los infantes no pueden resistir al rey, ¿por qué se resiste y se defiende un alcaide?

ALCAIDE. Porque he sido noble como vos.

D. ALV. No siempre es nobleza el ser constante, porque hay constancias alevés.

ALCAIDE. Entregad á Enrique vos el castillo de Alburquerque.

D. ALV. ¿Lo que no debo ni puedo me pedís?

ALCAIDE. Mi dicho es ese.

D. ALV. Vos debéis, si sois leal, entregalle.

ALCAIDE. ¿Quién me excede en lealtad á mí? Ninguno.

D. ALV. Ya no puedo más; reviente mi impaciencia. ¿Tú, alcaidillo, tú, hombrecillo, te defiendes del rey don Juan? Vive Dios, que con una infame muerte has de llevar á ese valle hoy tu lealtad.

(Derribale.)

ALCAIDE. Socorredme los del castillo.

SOLD. I.º ¿Quién basta contra el ánimo valiente del Condestable?

D. ALV. ¡Ah, soldados! (Salen el Conde, Lintern y Soldados.)

CONDE. ¡Muera!

D. ALV. No muera; prendelde. Da el anillo del Infante para que el castillo entreguen, ó morirás.

ALCAIDE. Véisle aquí.

D. ALV. Suban las banderas, trepen ese cerro los soldados, y en las almenas del fuerte las tremolen.

LINTERN. Bien rodáis, señor alcaide.

CONDE. El Rey viene á gozar de la victoria.

ESCENA XVIII

DICHOS y el REY.

REY. Un nuevo soldado tienes, Maestre de Santiago; no puedo vivir sin verte, tu sombra soy y testigo.

D. ALV. Señor, el cielo prospere tu corona. Ya es Trujillo tuyo otra vez.

REY. A Alburquerque pasaremos á esperar allí que la reina llegue: por ti y por ella he venido.

ALVARO, llamarte puedes duque de Trujillo; tuyo ha de ser, pues le defiendes.

D. ALV. Mirad, señor, que la envidia vive entre tantas mercedes.

REY. No más, señor; ¡vive Dios, que esta merced me entristece!

PROSIGAMOS la victoria. Haced que marchen, Maestre, Marqués de Villena.

LINTERN. Dale.

(D. Alvaro va á besar los pies al Rey y cae sobre ellos.)

D. ALV. Beso tus pies. Que tropiece hizo el peso de tus honras. Detente, dicha, detente; fortuna, no quiero más; á los pies del Rey me tienes.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

JUAN DE SILVA y VIVERO.

SILVA. Yo no sé desde este día lo que en la corte ha pasado, que me han tenido ocupado fronteras de Andalucía.

VIVERO. El infante de Aragón, hoy á la paz reducido, entra en la corte, que ha sido un soberano blasón de don Juan no ser cruel á tantos atrevimientos.

Ya sabes los casamientos del Rey con doña Isabel de Portugal, que ya vino, siendo octava maravilla de las damas de Castilla; y con ella fué padrino el Rey, prudente y afable, de don Alvaro: ambos fueron padrinos que honrar supieron las bodas del Condestable.

Doña Juana Pimentel fué el favor que la fortuna dió á don Alvaro de Luna más supremo, porque en él el Condestable ha librado toda su dicha, y en fin, la quinta de su jardín fué el tálamo deseado.

Mas si el sol suele crecer al auge, y de allí no sube, la misma sospecha tuve de que esto ha de suceder á don Alvaro, y que ha sido el auge de su ventura ser dueño de esta hermosa.

¿De qué lo habéis presumido? De que, volviendo el Infante, le han de volver los estados; y los grandes, incitados de la ambición arrogante de don Alvaro, se unieron á hacer cargos rigurosos.

¿Y vos llamáis ambiciosos pecho y ánimo que os dieron tanto honor? ¿Ese es buen pago? ¡Vive Dios, que es inculpable la vida del Condestable y Maestre de Santiago!

Ni arrogante ni ambicioso en sus obras se ha mostrado; mas es siempre el envidiado lo que quiere el envidioso. De ingrato y desconocido retaros puedo, y prometo que á no mirar el respeto de palacio...

SILVA. Ya ha salido el Rey. Yo os responderé donde os deje satisfecho. (Ap.) Declaréme: mal he hecho; mas yo lo remediaré.) (Vase Silva.)

VIVERO. (Vase Silva.)

VIVERO. (Vase Silva.)

VIVERO. (Vase Silva.)

VIVERO. (Vase Silva.)

ESCENA II

El REY y VIVERO.

REY. ¿Qué hay Vivero?
VIVERO. Gran señor, lo que siempre digo. Presto no tendréis hacienda; y esto lo sé como contador.

Mucho á don Alvaro dais, todos los grandes lo sienten: ¡plega á Dios que ellos no intenten remedio que vos sintáis! Remedialdo como sabio: rico está; basta, señor, tanta merced, tanto amor.

REY. ¿Os ha hecho algún agravio?

VIVERO. No, señor, ni dél le espero.

REY. Ingrato sois.

VIVERO. El criado á su dueño está obligado.

REY. Bueno está; basta, Vivero.

ESCENA III

DICHOS, la REINA y el INFANTE.

REINA. Señor, el Infante viene más humilde y más humano. Suplicóos le deis la mano.

REY. Cuando tal padrino tiene los brazos daré al Infante.

INFANTE. Señor, si algunos enojos os he dado sin razón, bástame para perdón el sagrado de esos ojos. Soy vasallo.

REINA. Y yo lo fio.

INFANTE. Pues que sabéis mis intentos, perdonad si tengo alientos de aconsejaros, Rey mio. No llevan los grandes bien tanto favor y amistad con don Alvaro.

REINA. Es verdad.

REY. ¿Y vos, señora, también? ¡Pobre don Alvaro! creo que una vez os dió la vida.

INFANTE. No hay obligación que impida el buen celo, el buen deseo de que esté tu majestad en sus reinos con quietud.

REY. ¡Oh, villana ingratitude!

¡que se atreva tu impiedad á una reina y á un infante!

INFANTE. Muchas culpas nos refieren del Maestre, con que quieren que no le tengáis delante.

REY. Señor, oidlas, que es justo.

REY. ¿Cargos le quieren hacer?

INFANTE. No es bien dejaros vencer de la amistad y del gusto.

REINA. Y cuando culpas no hubiera; (si las hay, sábelo Dios) el apartarle de vos, ¿qué inconveniente tuviera?

ESCENA IV

DICHOS Y ZÚÑIGA,

ZÚÑIGA. Esta mi hermano os escribe.

REY. ¿Quién?

ZÚÑIGA. El conde de Plasencia; el que con vuestra licencia retirado en Béjar vive.

REY. Levantad, Zúñiga. (Ap.) (Tema y obstinación de fortuna quieren turbar esta luna. Turbado rompo la nema.)

(Lee.) «Señor, todos los que firman desean como leales la paz de estos reinos, y ésta es imposible hallarse por gobernar todo D. Alvaro de Luna, en cuyo poder están cargos y culpas que se podrían ver. Vuestra Majestad lo remedie.—D. Luis de Velasco, Camarero Mayor. El conde de Plasencia. El marqués de Santillana. Pedro Manrique.

¿Qué es esto, reino envidioso? ¡Que sea culpa la dicha, y que venga a ser desdicha el ser conmigo dichoso! Vedme vos. (Vase Zúñiga.)

ESCENA V.

DICHOS, Y SALEN DON ÁLVARO, LINTERNA Y MORALICOS.

D. ALV. (A Linterna.) ¿A qué has venido?

LINTERN. Soy de buen gusto y curioso. ¿A la sombra de un dichoso, quién no entró donde ha querido?

D. ALV. (Al Rey.) Tenga vuestra majestad felices días.

REY. Si son como el de hoy, no es bendición, sino especie de crueldad.

D. ALV. ¿No me dais la mano?

REY. (Ap.) ¿Quién tantas desventuras vió? Desdicha es quererle yo, delito quererme bien. ¿Posible es que éste se emplea en culpas? No las espero. Pues soy solo quien le quiero, sea yo quien no las crea.

D. ALV. Besar la mano osaré para mí tan liberal. Y qué, ¿no me la dais?

REY. (Ap.) Mal, si es culpado la daré. ¡Oh, rigurosos castigos!

D. ALV. Habladme, señor, por Dios.

REY. Alvaro, mirad por vos; porque tenéis enemigos. (Vase.)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS EL REY.

D. ALV. ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto? ¿Han reventado las minas de la envidia? Si declinas,

presto fué, fortuna, presto. Señor Infante, en los ojos del Rey he visto mudanza: en vos tengo mi esperanza; sabedme si son enojos.

INFANTE. No sé como puede ser, que está el negocio apretado.

D. ALV. ¿No os acordáis que habéis dado palabra de agradecer mi voluntad?

INFANTE. Sí me acuerdo, mas ¿quién basta para tantos? (Vase el Infante.)

ESCENA VII

LA REINA, DON ÁLVARO, VIVERO, LINTERNA Y MORALICOS.

D. ALV. Basta Dios, bastan sus santos, basta mi verdad; no pierdo el ánimo cuando os hallo, majestad piadosa, aquí. Reina sois, volved por mí.

REINA. Sed, Maestre, buen vasallo, y eso volverá por vos. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS, MENOS LA REINA.

D. ALV. (Ap.) Yo os hice sólo en un día majestad de señoría; reina os hice, ¡vive Dios! El ser me debéis, y así veros ingrata es consuelo, pues sé que es obra del cielo, y que no nace de mí. Los mismos cielos envían a un magnánimo este mal para ejemplo universal de los hombres que confían en los hombres, y si vengo a ser ejemplo del mundo, aun cayendo en lo profundo, hoy singular dicha tengo. Bien sé, Vivero, que aquí andáis con algún engaño: yo mismo labré mi daño; gusano de seda fui. Bien conozco en estos modos que por bien me pagáis mal. (Vase.)

VIVERO. Oíd, oíd.

ESCENA IX

VIVERO, LINTERNA Y MORALICOS.

LINTERN. ¡Pese a tall! San Martín hay para todos. ¡Oh, envidia, que eres polilla de la próspera fortuna de don Alvaro de Luna, Condestable de Castilla! El rey don Juan el segundo con mal semblante le mira: cosa es común, mal se admira de aquestas cosas el mundo. ¿Quién no dió tales primicias

a la fortuna voltaria? Dió vuelta la rueda varia, trocó en saña sus caricias.

MORAL. Si hoy parece que declina, volverá a su ser mañana.

LINTERN. No hay seguridad humana sin contradicción divina.

MORAL. Todo pasa y vuelve aprisa, no hay firme seguro estado.

LINTERN. Hoy el Rey no le ha hablado, miróle de mala guisa. Tras él voy, porque diría: ¿do está mi lacayo? ¡ah, dolo! Dejéronme venir solo la gente que me seguía. (Vase.)

ESCENA X

SALÉ DON ÁLVARO.

D. ALV. ¡Oh, casa, humano reposo! ¡Oh, cuántas veces me viste más dichoso, menos triste, más cuerdo, más animoso! Aquí de Dios, importuno pensamiento habla por mí. ¿Hice bien a muchos?—Sí. ¿Y agravio a quién?—A ninguno. ¿Soy traidor?—De ningún arte. ¿Qué he merecido?—Laureles. ¿Tengo enemigos?—Crúeles. ¿Qué pretenden?—Derribarte. ¿Quién lo dice?—La experiencia. ¿Qué dice el vulgo?—Es confuso. ¿Por qué me envidian?—Es uso. ¿De quién?—Del mundo. ¡Paciencia! ¡Qué mal un triste reposa! Moralicos.

ESCENA XI

DON ÁLVARO Y MORALICOS.

MORAL. Mi señor. D. ALV. Tú sueles, cual ruiseñor que despierta al alba hermosa, divertirme. Si cantares, ya que mi fatiga es tanta, canciones tristes me canta para hartarme de pesares. ¿Quieres que Lisardo cante.

D. ALV. Sí. MORAL. (Llama.) ¿Lisardo?

D. ALV. Cante afuera, por si mi cólera altera la gravedad del semblante. No me mire mis acciones; porque suele delirar el que se deja llevar de las humanas pasiones.— ¿Qué hay, mi fortuna, qué hay? ¿Que me he cansado?—Es tu oficio. Ya ha temblado el edificio; esta máquina se cay. MÚSICA. (Dentro.) «Lo de ayer ya se pasó; lo de hoy cual viento pasa, lo de mañana aún no llega, así aqueste mundo anda.»

D. ALV. Si humo, nada, polvo y viento es la vida; ¿qué será el bien que el mundo nos da? También vendrá a ser tormento. ¡Qué mal un triste reposa! No hay discurso que mitigue la imaginación. Prosigue, Lisardo; canta otra copla.

MÚSICA. «Los que priváis con los reyes notad bien la historia mía; mirad que a la fin se engaña el hombre que en hombres fia.»

D. ALV. Servíle treinta y dos años, y siempre bien me ha querido; ¿cómo ahora se ha creído de mentiras y de engaños? Mas si mi daño sentía, como piadoso y humano, ¿por qué me negó la mano? Amistades no quería; retiróla, enojo ha sido; pero ¿cómo me ha avisado? No lo entiendo, estoy turbado; no lo entiendo, estoy perdido. (Suena ruido dentro, y sale Linterna.)

ESCENA XII

DON ÁLVARO Y LINTERNA, JUEGO MORALICOS.

D. ALV. ¡Hola! ¿qué es esto?

LINTERN. No es nada.

Cayóse un balcón infiel; estaba Vivero en él, y dió tal pajarotada que como huevo estrellado hace la figura de Ero.

MORAL. Alonso Pérez Vivero, a ese balcón arrimado, esperaba para hablarte; era antigua la madera...

D. ALV. Salir no quiero allá fuera, no digan que tengo parte en su muerte; aunque si es mi dicha toda accidentes, hoy lo dirán los presentes y las historias después.

ESCENA XIII

DICHOS Y DOÑA JUANA PIMENTEL.

JUANA. Don Alvaro, mi señor, dicenme que habéis venido melancólico: ¿qué ha sido? ¡vos triste! ¡vos sin color! Sólo el hombre sin honor ha de turbar el semblante, no el magnánimo y constante. ¿Cómo se ha de entristecer razón que deba tener el corazón de diamante? ¡Eal señor, ¿a dónde está del ánimo la grandeza, del valor la fortaleza? ¿Accidente humano os da perturbación cuando ya con la experiencia y los años

la luz de los desengaños
debe alumbraros? ¿qué es esto?

D. ALV. Retiráos.

LINTERN. Morales, presto
verás sucesos extraños.

(Vanse.)

ESCENA XIV

DON ÁLVARO y DOÑA JUANA.

D. ALV. Mi señora, ya he mirado
que ha sido vuestro valor
el bien último y mayor
que la fortuna me ha dado.
Principio me dió y estado,
y declinación tendré
como cuanto el cielo ve.
Comencé cuando serví,
títulos tuve, subí,
vuestro fuí, mi estado fué.
Y si el tiempo y la fortuna
á un mismo paso caminan
y en ese cielo declinan
los aspectos de la luna,
si no hay estancia ninguna
en cuanto el cielo crió,
mi declinación llegó
y ya mi ruina prevengo.
Muchos enemigos tengo;
la mano el rey me negó.

JUANA. Mi señor, mi bien, mi amigo:
ni os animo, ni aconsejo,
que á vuestra experiencia de
uno y otro; pero digo
que al que es fatal enemigo
no puede la humana suerte
resistir, y el varón fuerte
no tiene cólera alguna
con el tiempo y la fortuna,
con la vejez y la muerte.
Lo que importa es que en el trance
de cualquiera de estos cuatro
se esponga el hombre al teatro
del vivir sin que le alcance
culpa alguna, y que balance
su virtud y acciones de hombre;
porque cuando más le asombre
fortuna ó muerte atrevida,
quitaránle estado y vida,
mas no borrarán su nombre.

ESCENA XV

DICHOS, y sale LINTERN.

LINTERN. Subid, señor Condestable,
en aquel trotón aprisa;
huiréis del Rey la saña,
porque á prenderos envía.
Inconstantes son los hombres,
sus palabras son fingidas,
cautelosas sus mercedes,
y sus verdades mentiras.
Volved los ojos, señor,
á las pasadas desdichas
y furtad el cuerpo agora
á la que ya viene encima.

D. ALV. Linterna, ¿qué es lo que dices?

LINTERN. Como fablo en lengua antigua,
al uso de nuestros padres,
pensáis que es sandez la mía.
Nuesa casa está cercada,
ya las puertas nos derriban,
gente sube, fugid luego,
que otro remedio non finca.
Cortesianos palaciegos
que entre lisonjas se crían,
non guardan los mandamientos
y vos guardan las esquinas.

ESCENA XVI

DICHOS, y sale ZÚÑIGA con soldados.

ZÚÑIGA. Señor Condestable, daos
á prisión.

LINTERN. A cosa linda
se ha de dar.

ZÚÑIGA. El Rey lo manda;
él á prenderos me envía.

JUANA. Huid, señor, mientras yo
defendiendo vuestra vida
fuere cristiana amazona,
fuere segunda Camila.

(Saca la espada de uno y pónese contra todos.)

¡Vive Dios, que el gran Maestre,
Condestable de Castilla,
ni se ha de dar á prisión
ni sujetar á justicias!
Tomad las armas, criados.

ZÚÑIGA. Señora, en vano porfian
vuestro amor y vuestro aliento:
cien hombres traigo.

JUANA. A la ira
de mi pecho serán pocos.
Subid, señor, por mi vida.

D. ALV. Ni me suelta mi destino,
ni mi esperanza me anima,
ni me dejan dar un paso
el peso de mis desdichas.

ZÚÑIGA. Esta cédula es del Rey;
por ella promete y firma
que será vuestra persona
salva siempre.

D. ALV. No se diga
que si D. Alvaro huye,
algunas culpas tenía.
No digan que contra el Rey
tomé las armas. Justicia
guardará mi Rey; bien sé
que no hallará culpas más.
Y si el hombre es breve mundo,
obra de mano divina,
pequeño Dios es el Rey;
¿dónde, pues, dónde podría
huir yo de su poder?
Preso voy.

JUANA. Y yo sin vida.

LINTERN. Yo sin tomar mi consejo.

MORAL. Yo dando lágrimas vivas.

(Vanse.)

ESCENA XVII

Sale el INFANTE. Luego la REINA y el REY, por su orden.

INFANTE. Que mengüe luna tan llena
á mí sólo me conviene,
pues los estados me tiene
de Trujillo y de Villena.
Sabe Dios que no deseo
ni su mal, ni su disculpa,
y entre el engaño y la culpa,
ni bien dudo, ni bien creo.
Mientras tengo la pasión
solo quiero la justicia,
como engaño ni malicia
no cabe en su perdición.

REINA. Que reina por su orden fuí,
pretende, y es gran rigor
el tener un acreedor
siempre delante de mí;
que grande deuda sería,
y su queja cierta estaba
viendo que no le pagaba
y que pagarle podía.

REY. Ya estará el reino contento,
porque los jueces nombré
que examinen bien la fe
y lealtad de aquel portento
de desdichas.

REINA. En la muerte
de Vivero poco habrá
que averiguar; claro está.

REY. No muy claro; de otra suerte
ahora lo han referido.

ESCENA XVIII

DICHOS, y sale ZÚÑIGA

ZÚÑIGA. A esta torre traigo preso
al Condestable.

REY. Confieso
que su amor me ha enternecido.
¿Preso dijo? ¡qué rigor!
¡qué apriesa que le persiguen!
¡Plega á Dios que no me obliguen!
á otra palabra peor.

D. ALV. (Dentro.) (He de entrar.)

ZÚÑIGA. No puede ser,
no querrá el Rey que le vea
hombre preso.

D. ALV. Aunque lo sea,
vive Dios que le he de ver.

ESCENA XIX

DICHOS y DON ÁLVARO.

D. ALV. Rey don Juan, rey mi señor,
perdonad si preso os hablo,
que este privilegio tiene
quien está preso en palacio.
Bien os acordáis señor,
que son ya treinta y dos años
los que os serví con lealtad,
más de amigo que vasallo.
La libertad que no tengo
muchas veces os he dado,

cuando grandes, cuando chicos,
niño y hombre os la quitaron.
Recibí grandes mercedes,
no las niego, no, antes hallo
que no ha recibido tantas
ninguno de rey humano.
Nada os pedí, vos me disteis
esta máquina que traigo
encima de las riquezas
que ya me van derribando.
Si me las disteis, señor,
por darme lugar más alto
de que arrojarne, pregunto:
¿fueron mercedes ó agravios?
¿Por qué me hicisteis tan rico
para hacerme desdichado?
Cruel sois haciendo bien,
dando vida sois tirano.
Hoy lástima, ayer envidia;
hoy fatiga, ayer descanso;
hoy prisiones, ayer triunfos:
bien se ve que está jugando
la fortuna con los hombres,
y vos, Rey, y Rey cristiano
su instrumento sois, ¿qué mucho?
Los elementos contrarios,
y amigos entre sí mismos
de su poder blasonaron,
agua, tierra, fuego y viento
soy, señor, crecí de espacio,
y aprisa me derribáis.
Acordaos de mí, acordaos;
no borraré la imagen vuestra;
no deshagan vuestras manos
criado que tanto os quiso,
hechura que os costó tanto.
(Ap.) No le puedo responder
con la gravedad y el llanto
de rey, amigo y juez.

REY.

ZÚÑIGA. Señor.

REY. Llevaldo
á Portillo. (¡Ay, infelice!)

ZÚÑIGA. Señor Condestable, vamos.

D. ALV. (Al Rey.) ¿Hablarne no me queréis,
ni menos me habéis mirado,
ni me dáis consuelo, Rey?
Démele el Rey soberano. (Llévanle.)

ESCENA XX

El REY, el INFANTE y la REINA.

REY. (Ap.) ¡Que me obligue á mí el reinar
con quietud á un trance amargo
de ver preso á quien bien quise!
Mas padecer puede engaños
este amor. Llevarme de
ya fácil, y ya cristiano,
del rigor ó del acierto
de mis grandes.

INFANTE. (Ap. á la Reina.) No turbaron,
como pensé los afectos
del Rey sus palabras.

REINA. Vario
dijeron que era el discurso,
contra el destino y el hado
los filósofos gentiles.

ESCENA XXI

DICHOS, UN CRIADO y luego un SECRETARIO.

CRIADO. Aquí espera el secretario *(Sale éste.)*

REY. ¿Qué queréis vos?

SECRET. A firmar los jueces me enviaron la sentencia del Maestro.

REY. ¿Sin escuchar sus descargos?

¿Son comedia estas acciones?

¿Es nuestra vida teatro,

que todo pasa en un día?

Pero ¿quién vive de espacio?

Presto dieron la sentencia.

INFANTE. Los cargos justificados, bien hacen en darse prisa sosegando el reino.

REY. Cuando

es la pasión el juez,

amor propio el abogado,

la envidia el procurador,

¡ay, del reo no firmaron

reyes con tanto temor.

¿A qué, pues, le sentenciaron,

secretario, los jueces?

SECRET. A que muera degollado.

REY. ¡Válgame Dios, que llegaste,

gallarda luna, al oca!

¿Qué tinieblas mereciste,

después del camino largo

de tus servicios!

REINA. Señor,

¿valor falta en vuestra mano

para tener una pluma

y un papel, que es justo? Agravio

hacéis á vuestra justicia.

REY. Con siete letras deshago

lo que en muchos años hice.

¿Que pueda un hombre en un cargo

darle muerte, siendo dueño

del vivir sola la mano

de Dios! ¿Qué tiranos reyes

á este trance no temblaron?

La pluma es áspid; veneno

es la tinta; el papel blanco

es retrato de la vida;

manchemos, pues el retrato.

No acierto á escribir.

REINA. Así

moverás, señor, la mano.

(Llévale la mano.)

REY. «Yo el Rey» diré, como fiero,

el cruel, más acertado:

¿yo he de decir que lo firmo?

¿yo he de decir que le mato?

Él le sigue, ellos dirán,

envidiosos y tiranos:

Rey, digo, Dios en la tierra,

si otro rige en este paso,

¿cómo he firmado «Yo el Rey»?

¿cómo firmé lo que es falso?

Letras, si lleváis borrones,

caracteres sois de encantos,

líneas de la misma muerte,

no os vean ojos humanos.

¡Oh, pluma, flecha con yerba

(Arrójala.)

que disparada del arco de la desdicha, penetras dos pechos de cera y mármol! Pluma, pincel que robó la imagen del simulacro de la privanza de un rey, ¡mal os haga Dios!

REINA. ¡Que tanto

pueda en un rey la piedad!

INFANTE. Sentir debe el propio daño;

que era otro él el que muere.

REY. Quien dice que es ser privado

dicha, miente; de la envidia

es un objeto bizarro. *(Vanse.)*

ESCENA XXII

DON ÁLVARO con cadenas, y MORALICOS canta: luego sale el SECRETARIO.

MÚSICA. «Aquella luna hermosa que sus rayos le dió el sol, hoy con un mortal eclipse pierde luz y resplandor en lo más alto subida del cielo de su favor: nace en la casa del Toro y muere en la de León.»

SECRET. Don Alvaro, mi señor, aquí es menester paciencia; aquí importa la prudencia; aquí es menester valor.

D. ALV. ¿Cuándo permiten que hable? Alvaro escuchando estoy: sin duda que ya no soy

Maestre ni Condestable.

SECRET. ¿Siendo yo el mismo valor,

de valor me prevenís?

SECRET. A gran desdicha venís,

y no puede ser mayor.

A muerte os han condenado,

y ésta se ha de ejecutar.

D. ALV. ¿Quién oyéndola nombrar

no ha gemido y no ha temblado?

SECRET. ¡Válgame Dios! ¡trance fuerte!

¡miseria fatal del hombre!

Si me espanta sólo el nombre

¿qué será la misma muerte?

SECRET. Un jarro de agua me trae;

porque siento con desmayo

esta sentencia, este rayo

que del mismo cielo cae;

y la sangre, en tal estrecho,

oyendo el trueno ha temblado

y dejó desamparado

el corazón en el pecho.

MORAL. *(Sale.)* Aquí hay agua.

D. ALV. ¿Cómo espanta

la muerte con su gemido!

SECRET. Aunque entró por el oído,

se atravesó á la garganta.

MORAL. Pasarla quiero bebiendo. *(Bebe.)*

SECRET. Sentimiento natural;

pensión del último mal.

MORAL. Sabe Dios que estoy sintiendo.

D. ALV. Ea, alentad, corazón;

temor no debéis sentir,

porque el nacer y el morir actos semejantes son. Siempre á desdichas nacimos, siempre en miserias estamos, cuando nacemos lloramos, lloramos cuando morimos.

El que nace, salir quiere

de un sepulcro; en otro yace:

sepulcro deja el que nace,

á sepulcro va el que muere.

La cuna es bien y es trabajo,

porque sin distancia alguna,

cuando está hacia arriba es cuna,

tumba cuando está hacia abajo.

Bien sabéis, rey verdadero,

pues sois el original

de mi rey, que es rey mortal,

que por su ofensa no muero;

por las vuestras, sí, y asombre

vuestra gran piedad, mi Dios,

que ofenderos pude á vos

sin hacer ofensa al hombre.

Y ofender como infiel

no puede al Rey hombre sabio

sin que vos sintáis agravio,

no sintiendo el vuestro él.

SECRET. Escuchadme la sentencia.

D. ALV. Sin oír la consiento.

Niño, tu pérdida siento;

huérfano estás, ten paciencia.

Con sólo este anillo vengo,

daréte este último bien

y mi sombrero también,

pues ya cabeza no tengo.

Di tú al Príncipe jurado

que, á quien sirve con amor,

aprenda á pagar mejor

que su padre me ha pagado.

Bien se que atalaya soy,

que subí desde la cuna

al monte de la fortuna,

y avisos al hombre doy,

porque se guarde y asombre,

diciendo con voz incierta:

«Alerta humanos, alerta,

no confiéis en el hombre.» *(Vanse.)*

ESCENA XXIII

Salen el REY DON JUAN, el INFANTE, y CRIADOS.

REY. Fantasmas, melancolias,

¿qué me queréis desta suerte?

Sombras ¿qué sois? ¿línea ó muerte?

Pues ya se acaban mis días,

basten ya las ansias mías;

dejadme rigor extraño;

con piedad y sin engaño,

todo es piedad y sentir,

que sólo podré vivir

más que don Alvaro un año,

si me cita al Tribunal

de Dios... Estoy engañado;

que fué siempre el desdichado

tan piadoso, tan leal,

que no me hará tanto mal,

y ser culpado no espero.

ESCENA XXIV

DICHOS, y DOÑA JUANA PIMENTEL.

JUANA. Rey don Juan, rey de Castilla,

y merecedor del mundo;

en el título segundo,

á tus pies, señor, se humilla,

como viuda tortolilla,

la misma lealtad, la fe,

aunque sin alma se ve,

sin don Alvaro, y es ya

sombra de lo que será,

no sombra de lo que fué.

Rey piadoso ¿cómo puedes

matarnos con impiedad?

que siendo yo su mitad,

el mismo fin me concedes.

Desdichas son tus mercedes:

una de dos, rey airado;

si él pecó, tú estás culpado

en darle honor imprudente;

si no erró, y es inocente,

¿por qué ha de ser desdichado?

Ea, Rey, que es singular

la piedad en la grandeza:

la ley en naturaleza

pelea por conservar

lo que ha sabido criar:

imita á Dios, si renombre

pretendes que al mundo asombre,

que antes quiso padecer

que borrar ni deshacer

esta máquina del hombre.

REY. *(Ap.)* Con el alma enternecida,

entre piedad y rigor,

yo vengo á estar como flor

de dos vientos combatida;

pesando estoy muerte y vida.

¡Oh, tú, justicial ¿aquí estás?

¿aquí, amor, lágrimas das?

Pelead con esperanzas;

muera ó viva en las balanzas¹,

pero la justicia más.

JUANA. Dueño mío, no hay piedad;

trofeo de la fortuna

es vuestra pompa veloz,

vuestra majestad caduca.

Hoy morirás, y tan pobre,

que te falte sepultura:

mas no importa, prodigiosas

serán las obsequias tuyas.

Los montes serán, del mundo,

pirámides y colunas

de tu rico monumento,

no le igualará el de Numa.

El cóncavo de los cielos

será la fúnebre tumba,

y la temerosa noche

¹ En el original dice: «muera viua, en las balanzas»; de todos modos el pasaje es muy oscuro.

con sus bayetas la cubra.
Las estrellas serán hachas,
pues son faroles que alumbran
en el entierro del sol,
en la tristeza nocturna.
Lágrimas serán las fuentes,
que el mar anhelando buscan,
y las voces de tu fama
epitafios que reduzcan
alabanzas á tus dichas:
si el Rey falta, Dios te ayuda,
porque tan grande varón
no cabe en menores urnas. (Vase.)

ESCENA XXV

El REY, el INFANTE y criados.

REY. Movido de aquellas voces,
más piadosas que importunas,
seguidme todos, seguidme,
y esta acción tenedla oculta,
porque historias no la cuenten
á las naciones futuras.
Por si alguno nos conoce,
los que vinieron se cubran,
que quiero ver el teatro
donde en trágicas figuras
representan mis mercedes
en agravios y en injurias.
¡Vive Dios, que si no es muerto,
que aunque el reino se conjure
contra él, que ha de vivir:
mas ya mi tardanza es mucha!

INFANTE. Ya estás, señor, en la plaza;
que parece que con plumas

has venido, y aquí tienes,
si mis ojos no lo dudan:
el espectáculo triste.
¿Quién habla en él? Oye, escucha.

REY.

ESCENA XXVI

Descúbrose un teatro de luto, y MORALICOS, de luto
con un plato pidiendo; el cuerpo aparte y la cabeza
aparte.

MORAL. Dadme por Dios, hermano,
para ayuda enterrar este cristiano.
REY. ¡Ay, Luna triste!
saliste tarde, y presto te pusiste;
nunca á crecer llegaras,
porque si no crecieras, no menguaras.
MORAL. Dadme por Dios, hermano, etc.
REY. Si la vida no le di,
¿qué importa la sepultura?
Honras le hiciera en la muerte,
pero de hacerlas resultan
inconvenientes agora
que de su bien me desnudan:
arrepentido estoy ya.—
Reyes deste siglo, nunca
deshagáis vuestras mercedes,
ni borréis vuestras hechuras.
¡Oh! ¡Quién á mis descendientes
avisara que no huyan
de los que bien eligieron
para la mudanza suya!
Y con este triste ejemplo
de la envidia y la fortuna,
acabe aquí el gran eclipse
del resplandor de los Lunas.

COMEDIA FAMOSA

LA MEJOR ESPIGADERA

PERSONAS DELLA

EL REY DE MOAB.
RUT.
ORFÁ, dama.
BOHOZ.
TIMBREO.
ASER. }
HERBEL. } pobres.
GOMOR.

LISIS, pastora.
NOHEMÍ.
JABEL.
ZEFARA.
ASAEI.
ELIMELEC.
MASALON.
QUELION 1.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Salen ASER y HERBEL, pobres.

ASER. ¿Hasta cuándo ha de durar
el hambre de Palestina?
HERBEL. Mientras no cesa el pecar
no cesa la ira divina
que nos quiere castigar.
Tres años ha que olvidada
la tierra que esteriliza
nuestra suerte desdichada,
la maldición profetiza
de nuestro padre heredada.
Mete el hambre el mundo á saco;
ni á Ceres paga el Agosto,
ni el fértil otoño á Baco.
ASER. Herbel, sin pan y sin mosto,
todo estómago anda flaco.
Comíme el año primero
el ganado que tenía,
sin dejar macho ó carnero;
los bueyes maté otro día,

comiéndome carne y cuero.
Mis tierras después vendí,
y comímelas también.
Por pan mis alhajas dí,
y la casa que en Belén
tuve, también me comí.
Ni ya tengo que vender,
ni el hambre su rigor doma,
pues de suerte viene á ser,
que si no que á mí me coma,
no tengo ya que comer.
HERBEL. ¡Pobre de quien no ha dejado,
Aser, jumento ó rocín
que al hambre no haya guizado 2.
Ayer me comí el mástín,
alcaide de mi ganado.
Por tejados y rincones
ando á caza todo el día
(sin ser gato) de ratones;
gazapos, que el hambre mía,
juzga pavos y pichones.
Ya no tengo qué comer
si Dios su rigor no aplaca:
cayéndome estoy, Aser.
ASER. Yo anoche cené una urraca.
HERBEL. Yo un jernicabo 3 anteayer.

1 Figuran además: JALEEL, NISIRO, CAPITÁN ISMAELITA, ELFI y ASA.

2 En la reimpresión de D.ª Teresa de Guzmán: «quitado.»

3 En la misma: «zernicalo.»